

PASANDO TRABAJO

ECONOMÍA Y VIDA CAMPESINA AFRODESCENDIENTE
EN EL PACÍFICO SUR COLOMBIANO

COLECCIÓN VIDAS CAMPESINAS

PASANDO TRABAJO

ECONOMÍA Y VIDA CAMPESINA AFRODESCENDIENTE
EN EL PACÍFICO SUR COLOMBIANO

Alejandra Gutiérrez
Eduardo Restrepo
Luisa Vega
Pedro J. Velandia



ICANH

INSTITUTO COLOMBIANO DE
ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

COLECCIÓN VIDAS CAMPESINAS

Nicolás Loaiza Díaz

Director general

Andrea Leiva Espitia

Subdirectora de Investigación
y Producción Científica

María Teresa Salcedo

Coordinadora del Grupo
de Antropología

Mabel Paola López Jerez

Responsable del Área
de Publicaciones

ICANH

Coordinación editorial

Bibiana Castro Ramírez

Corrección de estilo

Diana Murcia

Diseño de colección
y diagramación

Primera edición,
mayo de 2022

ISBN: 978-628-7512-03-0

E-ISBN: 978-628-7512-09-2

© Instituto Colombiano de
Antropología e Historia, ICAANH

© Alejandra Gutiérrez, Luisa
Vega y Pedro J. Velandia y

Eduardo Restrepo

Calle 12 n.º 2-41

Bogotá D. C.

Tel.: (57-1) 4440544

www.icanh.gov.co

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser
reproducida, ni en todo
ni en parte, por ningún medio
inventado o por inventarse,
sin permiso previo por escrito
del ICAANH.

Impreso por: Imprenta
Nacional de Colombia

Pasando trabajo. Economía y vida campesina afrodescendiente en el Pacífico sur colombiano.
/ Alejandra Gutiérrez; Eduardo Restrepo; Luisa Vega; Pedro J. Velandia. Bogotá: Instituto
Colombiano de Antropología e Historia, ICAANH, 2022.

379 páginas; 40 figuras; 18 x 26 cm – (Colección Vidas Campesinas).

ISBN: 978-628-7512-03-0. E-ISBN: 978-628-7512-09-2

1. Campesinos – Afrodescendientes - Sociología. / 2. Economía regional – Comunidades
negras – Identidad cultural. / 3. Etnicidad – Negros - Identidad racial. / 4. Etnografía –
Etnología – Asentamientos humanos. / 5. Pacífico sur colombiano. / 6. Siglos xvii – xx.
/ I. Gutiérrez, Alejandra. / II. Restrepo, Eduardo. / III. Vega, Luisa. / IV. Velandia, Pedro. /
V. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICAANH.

305.8616 SCDD 20

Catalogación en la fuente: Biblioteca Especializada Alicia Dussán de Reichel.

CONTENIDO

VIDAS CAMPESINAS: HACIA LAS ETNOGRAFÍAS REGIONALES	15
INTRODUCCIÓN	23
1. POBLAMIENTO, APROPIACIONES ESPACIALES Y ECONOMÍAS EXTRACTIVAS	35
La mar del Sur: poblamiento y minería	36
Enclave colonial minero-esclavista	40
Poblamiento disperso: exploración y apropiación afrodescendiente	46
Nucleamientos urbanos: cerramiento de la frontera	52
Guerra, coca y retros: desplazamiento y desgarramiento	59
2. ACTIVIDADES ECONÓMICAS	63
Nodo conchero-pesquero	67
<i>Recolección de concha</i>	70
<i>Pesca</i>	79
Nodo silvícola	89
<i>Palmito</i>	91
<i>Extracción de madera</i>	100
<i>Aserríos</i>	115

Nodo agrícola	116
<i>Coco</i>	118
<i>Plátano</i>	123
<i>Coca y cocaína</i>	127
Nodo minero	136
<i>Retroexcavadoras</i>	136
<i>Elevadores</i>	143
<i>Minidragas o draguetas</i>	148
<i>Comercialización</i>	152
3. RITMOS, RELACIONES Y RACIONALIDADES	157
Ritmos	157
Relaciones	163
<i>Relaciones de reciprocidad</i>	164
<i>Relaciones asimétricas</i>	174
4. TRANSFORMACIONES Y (DES)ARTICULACIONES HISTÓRICAS	185
Del barequeo a las máquinas	190
<i>“Yo fui el primer diablo que metió máquinas a este río”</i>	199
<i>Maquinaria para trabajar: monitores, dragas, elevadores</i>	
<i>y motosierras</i>	212
<i>De colonos a propietarios: relación entre la minería</i>	
<i>y la tenencia de tierras</i>	221

<i>La ancestralidad de la minería: entre la minería artesanal, informal e ilegal</i>	229
Los “palos de plata” llegaron de Satinga	232
<i>La fumiga, la crisis y las relaciones con el Estado</i>	238
<i>“La gente se quedó en la calle”</i>	242
Bonanza, crisis y nociones de bienestar: transformaciones en las formas de vida	248
<i>Vivir al día / rebuscarse</i>	249
5. CONFIGURACIÓN REGIONAL	261
Movilidad y medios de transporte	263
<i>Vías fluviales</i>	266
<i>Lanchas rápidas y barcos de cabotaje</i>	275
<i>Vías aéreas y terrestres</i>	279
Mercados regionales	281
“Más gana el que compra, que uno que produce”	290
“Esto por acá está frío”: el deseo por la ciudad y las redes migratorias	296
<i>Migraciones históricas</i>	298
<i>Migraciones actuales</i>	303
CONCLUSIONES	313
REFERENCIAS	323

LISTA DE FIGURAS

1	Asentamiento residencial disperso	53
2	Pequeño conglomerado	55
3	Malla de pesca junto a manglar	68
4	Vista de manglar en marea baja	69
5	Concha o piangua	72
6	Hombre pianguando	74
7	Canasto con la piangua recolectada durante tres días	76
8	Pesca con malladora en estero	80
9	Trasmallo utilizado para atrapar guacuco en ríos	82
10	Faena de pesca con calandro	84
11	Pescado seco para la venta	86
12	Mujeres destripando y vendiendo pescado	88
13	Bosque natural en la parte alta del río Guapi	90
14	Asentamiento disperso rodeado de palmas de naidí	93
15	Cuadrilla de tuqueros	103
16	Cuadrilla de tuqueros deslizando trozas hasta el agua	104
17	Rancho para cuadrilla de tuqueros	107
18	Corte de madera con motosierra en la selva del río Guajuí	110
19	Puesto de venta de bloques y tablas de madera	112
20	Cultivo de arroz	117
21	Cocal ubicado cerca a la bocana del río Guapi	119
22	Semillas de coco manila para comercialización local	121
23	Puesto de venta de pescado seco y de coco en cabecera municipal	123
24	Colino	124
25	Racimo de chivo	125
26	Venta de plátano y naranja en Guapi, Cauca	126
27	Transportando retroexcavadora por el río Guajuí	137

28	Minidraga	149
29	Balsada. Fiestas Patronales de la Inmaculada Concepción. Guapi, Cauca	160
30	Aviso comunitario para jornada de limpieza a la vereda	167
31	Recolección de arroz	169
32	Uno de los dos trapiches en funcionamiento	171
33	Herramientas para faena de pesca en bocana	173
34	Roza de monte	176
35	Joven escuchando música, concentrado en su celular	255
36	Venta de pescados, Tumaco	262
37	Barco tanquero surtiendo bombas de gasolina de las veredas a lo largo del río Guajú	273
38	Bomba de gasolina, El Charco, Nariño	273
39	Barco de cabotaje llegando desde Buenaventura a El Charco, Nariño, cargado de remesa y pasajeros	276
40	Lanchas cargando piangua	293

AGRADECIMIENTOS

Los autores deseamos agradecer de corazón a los pobladores del Pacífico colombiano, especialmente a quienes nos acogieron en sus pueblos y compartieron sus quehaceres cotidianos con cada uno de nosotros. A las familias que a lo largo de esa hermosa geografía nos hospedaron en sus viviendas, de quienes nos llevamos algo aprendido en medio de su infinita generosidad. A los hombres y mujeres que nos llevaron a trabajar al monte, el río, el manglar y el mar, les queremos agradecer por compartir sus saberes y conocimientos; crearon entre nosotros una inmensa admiración y respeto.

Referirse a cada una de estas personas con nombre propio podría dar lugar a una lista interminable. De manera especial queremos agradecer a la familia de Magdaleno Solís, “Macamá”, que nos recibió con un enorme cariño durante todas nuestras visitas y con la que, de una forma u otra, terminamos estableciendo fuertes vínculos. Macamá, como cabeza de esa familia, nos enseñó que, más allá de los estudios y diplomas que se tengan en una pared, lo que importa en realidad es la “formación” y el poder “vivir suave”, sin importar el lugar en el que uno se encuentre. En este mismo sentido, queremos agradecer a Nuby y a Leopo que en medio de la cotidianidad nos enseñaron muchas cosas que desbordan estas páginas. Por último, a los niños de la casa, quienes alegraron muchas jornadas de trabajo.

Aunque nuestras etnografías se concentraron en lugares específicos, queremos agradecer a todos los habitantes de los ríos Guapi, Guajuí, Timbiquí, Saija, Iscuandé y Tapaje, al igual que a las personas de las diferentes bocanas y esteros que conocimos en nuestros recorridos y en muchos otros poblados.

También, a los miembros de los tres consejos comunitarios que tuvieron la apertura de discutir y respaldar el ejercicio que realizamos en su territorio. Además de los equipos de trabajo de los concejos, queremos agradecer a muchas otras personas que hicieron posible este libro. En Guapi, a Camilo Arroyo Arboleda y Hever Mancilla,

quienes facilitaron enormemente nuestro trabajo de campo, y con quienes siempre encontraremos un nuevo tema para hablar.

De la misma manera, queremos agradecer a los dos espacios académicos que vieron surgir este proyecto de investigación y que, en medio del proceso de escritura, nos apoyaron a todos nosotros. Por un lado, a todos los miembros del Centro de Estudios Afrodescendientes (CEA) de la Pontificia Universidad Javeriana, que acompañaron el nacimiento de este proyecto etnográfico sobre el Pacífico sur, que comentaron borradores del proyecto y luego también dieron miradas importantes sobre los textos de los capítulos. De otro lado, a todos los miembros del semillero Entre Prácticas y Representaciones de la Universidad del Rosario que durante algunas de sus sesiones comentaron los primeros borradores de los capítulos que luego se consolidarían en este libro. Sin todos ellos el trabajo académico resultaría ser, para nosotros, un diálogo de sordos y falta de camaradería.

Sin el decidido apoyo académico y financiero del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) este libro nunca hubiera existido. La invitación de quien era para ese momento su subdirectora científica, Marta Saade, para participar en un gran proyecto de etnografías de la vida campesina en diferentes partes del país fue el marco en el que se realizó el trabajo de campo y posibilitó la escritura de este libro. En el ICANH también queremos agradecer a Hernando Franco, quien fue de gran ayuda para no sucumbir ante las pesadillas de la burocracia.

VIDAS CAMPESINAS: HACIA LAS ETNOGRAFÍAS REGIONALES

INTRODUCCIÓN DE LA COLECCIÓN

La pregunta sobre las gentes campesinas se renueva en Colombia a raíz de las luchas y las reivindicaciones de organizaciones sociales y de comunidades que reclaman su carácter como sujetos integrales, proceso dentro del cual emana la importancia de la dimensión cultural de sus formas de trabajar, habitar y vivir la ruralidad. Se abre un escenario en el cual la reafirmación de la existencia del sujeto campesino, antes concentrada en su carácter productivo, encuentra en lo cultural una coordenada que busca interpelar al Estado pluriétnico y multicultural; que logra cierto eco en las sensibilidades de la sociedad actual, relacionadas con el origen de los alimentos, el cuidado de los territorios y, quizá, con el reconocimiento de un ancestro campesino.

La asociación de la categoría con una necesidad de ser nombrados a través de un apelativo que no implique onomatopeyas, metonimias ni metáforas, y que tampoco se reduzca a un calificativo o a una cualidad acotada, se traduce en una que denote de manera directa la identidad, el afecto o el vínculo con el terruño y que evoque el carácter integral del sujeto que se nombra. Entre una y otra búsqueda se da forma a una afirmación que toma cada vez más fuerza en el país: “campesinos” y “campesinas” son las palabras precisas que no tienen sinónimos y que generalmente se enuncian en plural. No designan a pobladores rurales, ni a emprendedores del campo, ni a pequeños empresarios ni mucho menos a una “ruralidad dispersa”, como lo han señalado de manera reiterada las organizaciones que han liderado la reivindicación.

Ser campesino, ser campesina, se dibuja como la categoría adecuada para nombrar a un sujeto que se reconoce a sí mismo de manera integral. Esto en medio de, algunas veces, distinciones con comunidades vecinas que se habían diferenciado por su

identificación étnica y que han sido cobijadas por las políticas multiculturales, dentro de las cuales los campesinos y las campesinas están ausentes. Contextos específicos como el del Cauca pusieron en evidencia las tensiones, con distintas profundidades históricas, que se habían generado entre definiciones étnicas e identificaciones cuya matriz se establece en otras claves. La reproducción en el país de una suposición de exclusión, sobre todo entre lo indígena y lo campesino, encontró en los contextos de conflicto por la tierra y por la obtención de derechos ciudadanos (como educación, salud o vivienda) un caldo de cultivo. Allí se comprende mejor, como un efecto del multiculturalismo, por qué adquiere importancia la reafirmación del carácter también cultural del sujeto campesino por parte de organizaciones sociales como el Comité de Integración del Macizo Colombiano y la Asociación Campesina de Inzá Tierradentro, que han sido protagonistas de los procesos que han exigido su reconocimiento.

La autoidentificación como campesinos y la búsqueda del reconocimiento por parte del Estado cobra relevancia en el marco de la estructura de desigualdad del país, tan ampliamente caracterizada por las ciencias sociales y humanas. La lucha por el reconocimiento integral se realiza en el contexto de la deuda histórica con un campesinado que ha sido despojado históricamente de su tierra, que ha sido invisibilizado y excluido de las prácticas y las políticas que han incrementado la producción en el campo a costa de los campesinos; de manera fundamental, se produce frente a un Estado que no ha logrado diseñar una política agraria pensada en relación con las vidas campesinas. Estas situaciones y constancias históricas hacen imposible la reproducción de las vidas campesinas que intentamos caracterizar con este tipo de ejercicios, más aún cuando la muerte violenta de líderes y lideresas en las comunidades ha sido persistente y es causa de la desestabilización y crisis de las vidas locales y regionales.

La comisión de expertos para la conceptualización del campesinado en Colombia, constituida por la mesa de seguimiento de los llamados realizados por la Corte Suprema de Justicia en su fallo de tutela STP2028-2018, integrada por la Procuraduría para Asuntos Agrarios, responde a la necesidad expresada por organizaciones campesinas de incluir la categoría *campesino* en los instrumentos censales colombianos. Esta comisión plantea una definición sucinta y con un grado de precisión importante que articula una mirada integral y multidimensional para la comprensión del sujeto campesino en el país, que no puedo menos que referenciar: “Campesino: sujeto intercultural, que se identifica como tal, involucrado vitalmente en el trabajo directo con la tierra y la naturaleza, inmerso en formas de organización social basadas en el trabajo familiar y comunitario no remunerado o en la venta de su fuerza de trabajo”, y se aclara que el *sujeto campesino* alude a “una categoría social que incluye a todas las personas, sin distinción de edad, sexo y género” (“Conceptualización del campesinado en Colombia” 2020, 19).

Claves de aproximación a las vidas campesinas

Utilizamos la noción de *vida campesina* para aludir a un conjunto de formas concretas de hacer y de estar, no necesariamente presentes en las representaciones colectivas. La clave está en que su existencia no depende de su enunciación, pero tampoco la excluye; esto es, se constituye en las relaciones sociales específicas como prácticas compartidas y discretas (concretas y susceptibles a la descripción y comprensión), que conforman una suerte de red de prácticas interrelacionadas, aunque no necesariamente coherentes, y en todo caso no homogéneas, aunque sí integradas.

Se ha buscado caracterizar la vida campesina como un conjunto heterogéneo de formas de vivir en sociedad relacionadas con las diversas concreciones de la ruralidad, sustentadas en un vínculo estrecho con la tierra, las aguas y la naturaleza, que se encuentran en tensión y se disputan su día a día en medio de las fuerzas y presiones que dan forma a las relaciones culturales, ambientales, económicas y políticas de localidades y regiones de las cuales hacen parte.

De tal suerte, se descartan los enfoques románticos, bucólicos, deterministas o fatalistas, tan presentes en algunas aproximaciones antropológicas europeas del siglo xx, que buscaban retratar unos mundos que creían condenados a desaparecer. En el ejercicio realizado ha interesado abrir preguntas situadas en contextos específicos para revisar, mediante el método etnográfico, en los términos más concretos posibles, las prácticas sociales que pueden constituir esas vidas campesinas, sin excluir a nadie por su adscripción étnica.

La alusión a las vidas campesinas busca confrontar cualquier tinte folclorista o idealizante y este es un énfasis importante de la aproximación que articula esta colección editorial. La noción de *vida* alude al dinamismo, a la flexibilidad, a cierta indeterminación, a una multidimensionalidad, a la heterogeneidad, al movimiento tensionado de las dinámicas de cambio y persistencia; tiene que ver más con la comprensión de configuraciones culturales campesinas en los contextos regionales del país que con la búsqueda de tradicionalismos, estabildades o quietudes. En tal medida, la noción de *vidas campesinas* no pretende encontrar algún lugar social de certeza o de armonía y mucho menos de atavismo. Por el contrario, busca ingresar en los lugares de la incertidumbre, de lo que se expresa como *potencia social* o como posibilidad (Benavides), así como caracterizar aquello que se reitera en la praxis social, aquellos imponderables en apariencia indescriptibles por su carácter estructural o básico. Se trata de disponerse a encontrar lo que no se dice, lo que en apariencia no está y, aún más difícil para las tradiciones disciplinares de la antropología, de detectar, no solo en “lo diferencial” o en “lo particular” sino en prácticas y conocimientos extendidos o ampliamente compartidos

por distintas poblaciones, los diacríticos y los procesos que permitan caracterizar unas formas de vivir y de significar el mundo que se podrían caracterizar como campesinas.

Hemos visto que la vida campesina se expresa en ocasiones de manera dispersa y otras veces de forma contundente. En cualquier caso, nos ha puesto en evidencia matrices comunes que hacen posible hablar de su existencia en heterogeneidad. Por ejemplo, encontramos que en distintas regiones del país la vivienda campesina es el lugar dormitorio, unido a la huerta, articulado en algunos lugares al patio de secado o al trapiche doméstico, a los lugares para colocar el telar o el instrumento para hilar la cabuya; también al criadero de pollos, marranos o cuyes. Aunque no es posible afirmar de manera homogénea que es solo un tipo de entramado de lugares campesinos, sí parece plausible afirmar que las viviendas campesinas nunca son solo el lugar donde se duerme y se come, sino que están articuladas socioespacialmente a distintos niveles de las actividades productivas y de cuidado, íntimamente atadas al ecosistema y al territorio.

La noción de *vida campesina* posibilita comprender que la tierra se hace finca, rancho o parcela por las prácticas familiares o veredales que la vuelven cafetal, platanera, huerta o chagra, cultivos temporales o permanentes, lugar dormitorio, criadero de pollos o cuyes o marranos o cabras, sementera familiar o colectiva, vereda o parcialidad. Aludir a ella ofrece la posibilidad de comprender cómo al pescar el río y el mar se constituyen en partes de la territorialidad o en acuatorios; es también lo que articula a los pescados con otros productos como el plátano, o quizá el coco y el chontaduro, para llegar a través de las mismas manos a los mercados locales y regionales. Es la categoría que permite preguntar por las conexiones posibles entre el lugar en el que se desarrollan el jornal y el fogón familiar, donde también se prepara el mote que se venderá en la plaza de mercado del centro poblado, con el maíz recolectado de la chagra o bien comprado en el pueblo vecino y que producirá el dinero para comprar la lana industrializada que llega de centros urbanos y se devolverá transformada en tejido manufacturado.

La noción de vida campesina parece adecuada para comprender la multiactividad de los campesinos, quienes desarrollan distintos oficios cuyos resultados hacen posible pensar en la reproducción de estas formas de trabajar, hacer y estar asociadas en buena parte a la ruralidad. La multiactividad conecta distintos oficios, formas de trabajar, saberes y prácticas, transmitidos de diversas formas: muchas veces en los procesos pedagógicos que relacionan a la familia y sus extensiones con las dinámicas comunitarias, pero también a través de procesos educativos formales. El conjunto de conocimientos implicados en acciones para reparar, preparar, cuidar o construir activa formas de vida campesina interconectadas con saberes provenientes de diversas configuraciones culturales.

La multiactividad tiene también que ver con diversos escenarios, escalas y temporalidades. Mas allá de la visión cerrada y de autoconsumo que suele referirse en los sentidos comunes asociados con lo rural, es posible comprender que la vida campesina es relacional, lo cual hace necesario poner en entredicho una serie de dicotomías con las cuales se suele también definir lo campesino; la más señalada es aquella que opone campo/ciudad o, en términos económicos, la que opone el autoconsumo y el mercado. La multiactividad se asocia con los circuitos, los recorridos, las articulaciones de diversos espacios y formas de trabajo, en distintas escalas simultáneas e interrelacionadas. La articulación entre lo local y lo regional permite seguir las huellas de procesos de ordenamiento social del territorio y de organización temporal que ponen en relación calendarios diversos, como los agrícolas y de mercados, incluyendo los laborales y festivos.

Finalmente, otra cuestión importante de la multiactividad tiene que ver con pensar la vida campesina en una relación entre lo agrícola y lo ambiental de manera más integral u orgánica. En esta clave, organizaciones y comunidades campesinas han tenido que reivindicar prácticas tan cotidianas y básicas como cuidar y cultivar, frente a la presión que sobre ellas ejercen las reformas sobre la vida del campo, desde la revolución verde hasta los efectos de las nuevas ruralidades y del empresariado agrícola.

La vida campesina también se expresa y constituye en los ordenamientos del tiempo social vinculados con los periodos de siembra, cuidado y cosecha; con los momentos de subidas y bajas del río; y también con las prohibiciones o restricciones de ciertas actividades campesinas por parte de instituciones o empresas. Porque también allí se constituyen y transforman las jornadas, los días y los meses. Estos tiempos se regulan con calendarios festivos para repartir cosechas, mientras se celebra a unos santos; mientras se hace minga o convivio para arreglar un camino, festejar un nacimiento, realizar una cosecha o preparar las fiestas patronales. Son los ritmos combinados del jornal, de los cuidados de la huerta, con los cuidados de la casa o la finca, con los días de mercado. Las temporalidades campesinas también se constituyen con los ritmos de las actividades desarrolladas por las juntas de acción comunal, o quizá del cabildo, o de una u otra organización, entremezclados con los momentos de ir a misa o al culto, de asistir a la escuela, ir a la mina e iniciar la jornada en alguna finca como trabajador.

Los manejos de los tiempos aluden además a los procesos de urbanización sobre el campo que irrumpen en la jornada de trabajo y en los cuales se urden los momentos de final del jornal con los encuentros en el tejo, en la tienda o en la cancha de fútbol. Son también el resultado de los tiempos de los raspachines, de las durezas que dejan las bonanzas productivas, de los tiempos de escasez, de los tiempos de desplazamiento a causa del conflicto armado, o bien de las desarticulaciones profundas causadas por las constantes muertes violentas de sus líderes.

Podríamos en tal sentido incluso acudir a la noción particularmente elocuente de Aníbal Quijano y entender las vidas campesinas como *heterogeneidades históricamente estructuradas*, para aludir tanto a su carácter dinámico como reticente al cambio, que se dispone en contextos y situaciones específicas (en lo local, lo regional, lo nacional, lo global). Las vidas campesinas se sitúan en relaciones y configuraciones regionales concretas de las que forman parte. Con ellas se hace referencia a un entramado que permite comprender la formación social colombiana, donde desde la Colonia se inició un largo proceso que relaciona la vida nacional con unas formas campesinas de vivir, de trabajar y de estar. Dicho reconocimiento no solo es cultural o económico, sino que está articulado con sus maneras de construir la historia del país, de hacer las ciudades, las carreteras, los mercados, las festividades, los carnavales. Tales historias se tornan concretas en los espacios, los sabores, los olores; en el sentimiento campesino que fue traído nuevamente a la memoria en las jornadas de movilización del 2013. Reconocer dicha relación histórica permite comprender, incluso más allá de lo legislativo y de la política pública, la importancia del reconocimiento como sujeto, un sujeto que se constituye en las diferencias regionales. La discusión sobre la economía agraria, las configuraciones regionales o la participación, tan necesaria para ampliar los procesos de paz en el país, pareciera requerir de la comprensión integral de las vidas campesinas.

Una colección para descifrar vidas campesinas

Aquellas búsquedas y reivindicaciones llegaron como exigencia y denuncias a las oficinas del Estado, dentro de las cuales se encargó al Instituto Colombiano de Antropología e Historia descifrar “la cultura campesina”. El enunciado en singular significó en primera medida aludir a la dificultad y, aún más, a la inconveniencia de definirla en sentido homogéneo y unitario, acotado y con fronteras delineadas. En cambio, desde la Subdirección Científica se dedicaron esfuerzos a proyectar una línea de investigación para construir una ruta de trabajo con distintos equipos de investigadores, algunos de ellos anclados en contextos universitarios de las propias regiones exploradas. A cada uno de estos equipos se le planteó la pregunta por la vida campesina en los contextos regionales, con varios puntos de partida comunes, con los cuales se pretendió provocar iniciativas de aproximación metodológica que respetaran las búsquedas teóricas de cada equipo, así como sus trayectorias de trabajo de campo.

El compromiso inicial situaba la intención de pluralizar la noción de campesinado desde una lectura integral y holística, y el primer esfuerzo conceptual fue aportado a cada uno de los equipos. El texto *Elementos para la conceptualización de lo campesino*

en Colombia. Documento técnico (2018), que resultó de un esfuerzo institucional con diversas colaboraciones de expertos, propuso comprenderla desde cuatro dimensiones, no jerarquizadas *a priori*, que se plantean como mutuamente determinantes y en cuyo marco se podría situar mejor la pregunta inicial de organizaciones e instituciones estatales por la cultura y el sujeto campesinos. De tal suerte, acercarse al problema cultural se fue dibujando como posible dimensión de las vidas campesinas articulada a los ámbitos territorial, político-organizativo y económico-productivo, provocación que da origen a esta colección editorial que abre con un acercamiento a la vida campesina en el Pacífico sur.

Por otra parte, el ejercicio de esta línea de investigación esquiva el punto de partida de la definición ontológica o identitaria de colectividades como “campesinas”, para explorar las prácticas sociales, los conocimientos, los vínculos y las concepciones de mundo que constituyen unas formas específicas de vida en relación con ecosistemas y contextos también concretos. Esto significa que no partimos de la definición o delimitación de “unidades culturales” predefinidas, sino de propuestas metodológicas que permitieran explorar y documentar estas formas de vivir, de significar y de representar el mundo que se podrían caracterizar como constitutivos de las vidas campesinas en contextos locales y regionales específicos.

Se comprende desde esta preocupación la necesidad y pertinencia de asumir la etnografía para el acercamiento a los lugares y las gentes de cada localidad, de cada vereda, de cada cuenca, de cada cultivo, de cada casa o fogón, de cada mercado o circuito de comercialización. Con uno u otro énfasis y con las dificultades de cada caso, se plantea describir las prácticas sociales con la capacidad de dibujar alguna arista que permita caracterizar, así sea parcialmente, las vidas campesinas.

Con esta colección editorial se plantea la necesidad de comprender la vida campesina a nivel nacional, pero sin definiciones homogeneizantes ni *a priori*. De aquí la importancia de explorarla desde los niveles más precisos y concretos posibles, pero en el marco de relaciones sociales más amplias que forman parte de las configuraciones regionales en el país. La labor no remite a una dimensión de la existencia social sino a todas las maneras de habitar, significar, producir, cuidar y estar en los territorios que dibujan a aquel sujeto intercultural que se siente campesino, quien trabaja directamente con la tierra y la naturaleza, sustentado en formas de reproducción de la vida familiares y comunitarias, y que además participa en los mercados y también vende su fuerza de trabajo.

MARTA SAADE GRANADOS

Bibliografía

Benavides Mora, Carlos Alberto. 2015. “Configuración regional y lucha social en Colombia. El caso del Magdalena Medio y el suroccidente colombiano”. Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México.

“**Conceptualización** del campesinado en Colombia. Documento técnico para su definición, caracterización y medición”. 2020. En *Conceptualización del campesinado en Colombia. Documento técnico para su definición, caracterización y medición*, editado por Marta Saade, 13-53. Bogotá: ICANH.

Saade, Marta, ed. 2018. *Elementos para la conceptualización de lo campesino en Colombia. Documento Técnico*. Bogotá: ICANH.

INTRODUCCIÓN

Cambiar los términos de un argumento es sumamente difícil, ya que la definición dominante de un problema adquiere, a través de la repetición, y a través del peso y la credibilidad de quienes la proponen o subscriben, la garantía del “sentido común” [...] Entonces parte de la lucha es por la manera en que se formula el problema: los términos del debate y la “lógica” que conlleva.

Stuart Hall ([1982] 2010, 181)

Julio, 2017. Llegaban los últimos días del mes cuando salimos de Bogotá con rumbo a las tierras bajas del Pacífico colombiano, impulsados por el interés de realizar una etnografía multisituada de la economía campesina en esta región. Cada uno, con diferencia de algunos días, emprendió el viaje por tierra, inicialmente hacia la ciudad puerto de Buenaventura. La noche entera que tarda el viaje da lugar para pensar, para imaginar las tierras que solo uno de nosotros conocía ciertamente de antemano, y, de hecho, había pasado ya mucho tiempo desde su última estancia etnográfica en los bosques pantanosos de los guandales nariñenses. Las descripciones de West ([1957] 2000), Taussig (1978, 2013), Whitten (1992), y varios más, se mezclaban inconscientemente con las imágenes estereotipadas de los montes bravos y los laberínticos ríos adonde se dirigían nuestros pasos.

Buenaventura fue para entonces una estación, un punto de paso. Hospedarse en un hotel o esperar algunas horas la salida de una lancha rápida o un barco de carga con destino a las cabeceras municipales del sur eran las opciones posibles. El viaje cambia si la elección es el barco y no la lancha rápida, pues aumentan las horas del recorrido, el

ritmo, la cercanía con los demás pasajeros. Ya en la zona urbana de los municipios nos encontramos con las personas que serían nuestros interlocutores, y a la larga también nuestros amigos, quienes nos acompañaron a los poblados en los que pasaríamos los dos meses siguientes. Desde entonces, la experiencia, vinculada por unas preguntas iniciales comunes, se fue delineando de modo particular para cada etnógrafo.

En estos poblados, como en la mayor parte de la zona rural del Pacífico sur, la comunicación es escasa. En los mejores casos hay un teléfono del que se pueden realizar llamadas pagando un alto costo por cada minuto. Por tal razón, fue solo acabando el mes de septiembre, en Bogotá, que pudimos conversar acerca de estas experiencias individuales, que, para nuestra sorpresa, habían sido más disímiles de lo que imaginábamos. La vida en un caserío con apenas una docena de viviendas habitadas, unos pocos jóvenes y una economía precaria que transita entre unas cuantas plantas de coca y la extracción de madera no es la misma que en un poblado en donde el narcotráfico y el oro mantienen “caliente” el pueblo desde hace algunos años; y dista más todavía de la vida en los pequeños firmes rodeados de agua salada y manglar en donde el tráfico de cocaína tiene su momento más importante.

Las condiciones particulares de cada lugar, y también las representaciones sobre los *paisas*, las mujeres y hombres jóvenes, sobre los universitarios y las instituciones, sobre los ciudadanos, de todo aquello que de algún modo nosotros representábamos allí, se amalgamaron para hacer de las experiencias individuales puntos de partida para discutir y contrastar.

Biofísicamente el Pacífico sur comparte, en términos generales, las características de la región del Pacífico colombiano, la cual comprende la franja más occidental del país, con cerca de 1.300 km de largo (extendida desde la frontera con Panamá en el norte hasta el límite con el Ecuador en el sur) y un área aproximada de 75.000 km² entre el océano Pacífico y la cordillera Occidental. Se encuentra compuesta por un sistema de llanuras aluviales irrumpidas por la presencia de algunas pequeñas colinas y, más abruptamente, por la serranía del Baudó. La cuenca del Atrato drena hacia el océano Atlántico, mientras que hacia el sur las restantes desembocan al océano Pacífico. Predomina, entonces, una orientación oriente-occidente en el discurrir de la mayoría de los ríos. Un sistema de ciénagas se encuentra asociado a la cuenca del Atrato en la zona baja y más cercana al mar. La serranía del Baudó hace que en el norte la línea costera sea angosta y acantilada, mientras que en el sur las ensenadas, esteros y manglares dominan el paisaje.

El Pacífico colombiano es uno de los lugares más húmedos del mundo, llegando a presentarse precipitaciones durante la mayoría de los días del año. La precipitación promedio anual varía, de sur a norte y de oriente a occidente, entre 2.000 y casi 13.000 mm (Eslava 1993, 139). La variedad de la vegetación y fauna la han perfilado como una de las regiones de mayor biodiversidad del planeta, con un significativo número de especies

endémicas (Gentry 1993, 201). En este sentido, se ha afirmado que la región ha sido identificada como:

[...] la de más alta concentración de biodiversidad por unidad de área reportada en el mundo. Se han encontrado hasta 400 especies de árboles y 800 vertebrados por hectáreas, cifra récord, muy por encima de la Amazonia [...] Han sido descubiertas entre 7.000 y 8.000 especies de plantas de las 45.000 que hay en Colombia, y se cree que un poco más de 2.000 especies de plantas y 100 especies de aves de la región no se encuentran en otro lugar del mundo. (Biopacífico 1993, 5)

En este escenario biogeográfico, durante el periodo colonial la presencia e influencia española se tradujeron en el control y en la explotación de las minas de aluvión, a partir de cuadrillas de esclavizados de origen o descendencia africana y de la reducción de alguna parte de la población indígena mediante la figura del “corregidor de indios”, que posibilitaba su utilización en labores agrícolas, de transporte y de fabricación de canoas o casas, entre otras.

Muy tempranamente, los procesos de cimarronismo y de automanumisión fueron consolidando una población de *libres* (Aprile-Gnisset 1993) que, bajo la influencia de los centros mineros o desplazándose de ellos hacia espacios por fuera del dominio colonial, permitieron el surgimiento de un modelo de poblamiento caracterizado por el asentamiento disperso a lo largo de los ríos de grupos parentales que usufructuaban diferentes nichos ecológicos a partir de un sistema productivo multiopcional (Friedemann 1974; Leal 2018; Whitten 1992).

Desde la costa hasta la parte media y alta de los ríos se establecieron redes de intercambio de los diferentes productos. El pescado, los mariscos y otros productos como el coco, obtenido por los grupos parentales asentados en las bocanas y líneas costeras, se intercambiaban por plátano, arroz y chontaduro cultivados en las zonas medias y altas de los ríos. Productos manufacturados localmente, como licores (*viche*) y dulces (*cocadas* y *conservas*), también hacían parte de estas redes. Mercancías obtenidas en los pequeños y medianos centros comerciales, como sal, machetes y aceite, eran adquiridos mediante la venta del oro, el caucho o la tagua y se introducían en estas redes de intercambio de productos. La movilidad de los pobladores, recurriendo a los vínculos parentales y de compadrazgo, establecían los contornos de estas redes que configuraban sistemas locales que relacionaban varios ríos (De Granda 1977).

En este contexto se consolidó un modelo de producción de los campesinos negros caracterizado por la diversa apropiación de recursos provenientes de diferentes nichos ecológicos y por una combinación temporal y espacial de diferentes actividades productivas (Leal 2018; Leesberg y Valencia 1987, West [1957] 2000). Así, por ejemplo,

aquellos grupos asentados en zonas mineras articulaban la extracción del mineral con las siembras permanentes y estacionales, al igual que con la recolección y la cacería. El cultivo de plátano, maíz y arroz ha sido una práctica económica central en aquellos grupos ubicados en los cursos medios de los ríos donde la minería no es posible. Estos cultivos se han asociado, además, con otras actividades como la recolección de productos silvestres y la cacería de mamíferos y aves (Valencia y Villa 1992). Quienes habitaban las bocanas de los ríos y líneas costeras donde era imposible la extracción aurífera, igualmente han combinado diferentes modalidades de pesca con el cultivo de productos propios de la zona, con la recolección y la cacería (A. Escobar 2010).

Este modelo de producción caracterizó la vida de las poblaciones negras en el Pacífico sur hasta la segunda mitad del siglo xx, cuando los cambios tecnológicos y la escalada del extractivismo de recursos naturales como la madera o de la tradicional minería trajeron cambios sustantivos en la economía de la región (Hoffman 2007; Oslender 2008). La presencia de aserríos y las motosierras, así como la eclosión de motobombas y draguetas, implicaron transformaciones en los ritmos y en las lógicas de producción en la región, generando dinámicas de especialización, la profundización de la monetización y el perfilamiento del endeude como uno de los dispositivos nodales de los procesos extractivos (Taussig 1978).

Hacia finales del siglo xx y comienzos del xxi, con el posicionamiento del narcotráfico y la minería mecanizada en diversos lugares del Pacífico y con la escalada de la guerra se produjeron nuevas transformaciones en el modelo de producción, las espacialidades y la existencia en los habitantes de las zonas rurales en la región (Agudelo 2001; Villa 2004). No obstante, las transformaciones no se limitaron a lo relacionado con la escalada de estas dos economías, sino también a las modificaciones ocurridas en, por ejemplo, la cadena de producción de maderas, con la expansión en el uso de motosierras y la consecuente y gradual desaparición de muchos de los aserríos ubicados en los distintos poblados, con el aumento en la demanda de concha por parte de Ecuador o con el protagonismo que ha tomado el combustible en el desarrollo de todas las actividades productivas.

Ahora bien, estas transformaciones no han sido homogéneas ni han tenido los mismos alcances en todos los ríos, playas y esteros del Pacífico. En algunos lugares han significado el abandono del grueso de las prácticas y relaciones económicas que caracterizaron la forma de vida de los pobladores rurales y sus vínculos con los centros urbanos. En otros, sin embargo, se encuentran poblaciones que han mantenido lógicas productivas y de existencia propias de la vida campesina del Pacífico colombiano, con sus articulaciones productivas multiopcionales, la predominancia de las unidades domésticas y de las relaciones parentales en los procesos productivos, así como sus estilos de existencia.

Como se elaborará con detenimiento en este libro, las racionalidades económicas hacen que los campesinos negros se encuentren articulados a las demandas del mercado local, que a su vez responden a auges/declives de ciertos productos que satisfacen productos de mercados nacionales y transnacionales, en una lógica de la poliactividad que les ha garantizado una fuerte flexibilidad y su no especialización productiva. Estas racionalidades implican una centralidad de las redes parentales y vecinales que orientan los énfasis, ritmos y moralidades de lo que se produce, quién lo hace y, sobre todo, la distribución directa e indirecta de sus ganancias y pérdidas.

En estas racionalidades económicas se entraman una serie de relaciones de intercambio y de mercado que reproducen las solidaridades y las distinciones locales. Relaciones como la *sociedad* o la *pacha*, y nociones como la *parte* y el *puesto*, perfilan toda una arquitectura del intercambio; mientras que relaciones como el *jornal* o el destajo son puntas del iceberg de los entramados de relaciones de producción que operan en el orden del mercado. Estas relaciones de intercambio y de mercado se articulan generacionalmente y se encuentran claramente engeneradas. Tales racionalidades responden, además, a unos constreñimientos y habilitaciones derivados de la particular oferta ambiental, así como de las transformaciones económicas y políticas que impactan la viabilidad y deseabilidad de ciertas actividades económicas durante unos periodos y situaciones bien concretas.

Una característica transversal a la historia económica del Pacífico sur ha sido la extracción de recursos naturales, o más frecuentemente producidos por el ser humano, como la palma de aceite, para la elaboración de materias primas orientadas a la comercialización nacional e internacional, en la que las poblaciones negras actúan como productores primarios y los foráneos tejen una red de compradores, acopiadores e intermediarios, que en última instancia generan las condiciones para la fuga de la mayor parte del capital proveniente de los procesos productivos. Como anotamos, desde el periodo colonial hasta el presente se han dado una suerte de olas extractivas que responden a demandas externas de productos derivados de dichas materias primas. Las actividades que constituyen estos periodos de extracción comparten una racionalidad económica y ecológica que tiene en su núcleo la idea según la cual, en aras de mayores ganancias, es posible acceder intensivamente a los recursos, aun si estos se ven fuertemente reducidos o finalmente agotados.

En este sentido, el corte intensivo de madera, la explotación de oro con distintos métodos, la recolección de moluscos y las demás actividades económicas están gobernadas por una imagen de los montes, ríos y manglares como despensas inagotables de recursos. No obstante, la extendida presencia del modelo extractivo ha modelado esta racionalidad, no únicamente en las acciones enmarcadas en las actividades orientadas al mercado, sino también en las actividades de subsistencia, como explicaremos

en la sección dedicada al aprovechamiento del fruto del naidí (capítulo 2). Pese a que el énfasis del libro está puesto en las actividades vinculadas al mercado, es pertinente aclarar esta consideración en tanto la articulación entre racionalidades económicas y extractivismo constituye uno de los ejes principales del análisis aquí propuesto; y lo es también porque puede generar algún “ruido” a la luz de las aproximaciones que han predominado en el análisis de la vida rural de la gente negra del Pacífico. Anotaremos, entonces, los límites de estas perspectivas.

Dificultades teórico-metodológicas

Dos son las dificultades teórico-metodológicas más sustanciales en el estudio de la relación entre racionalidades económicas y formas de vida campesina de las poblaciones afrodescendientes del Pacífico sur colombiano. La primera dificultad radica en los efectos del “dispositivo etnizante” que ha devenido en hegemónico a la hora de abordar cualquier investigación en el Pacífico colombiano. Tal como se han producido y sedimentado las retóricas y políticas de la etnización en Colombia, la región del Pacífico ha operado como el paradigma de los discursos y estrategias de las comunidades negras como grupo étnico (Restrepo 2013). Cuando a la gente de la región se la imagina teórica y políticamente a partir de un principio de inteligibilidad que la constituye como grupo étnico, se tiende a obliterar otras perspectivas analíticas que supuestamente aparecen como antitéticas, como lo es la de lo campesino (Offen 2003; Wade 2004). Pareciera que grupo étnico deriva en una serie de categorías, como las de comunidad, prácticas tradicionales de producción, territorios colectivos, identidad cultural, pueblo, etc., que lo atrapan en una exterioridad constitutiva de lo que puede implicar una perspectiva analítica en clave de campesinidad.

En este libro consideramos que la perspectiva analítica y las problemáticas abiertas por la campesinidad son relevantes para comprender, en otros términos, la existencia de poblaciones que en las dos últimas décadas suelen circunscribirse a la noción de grupo étnico. Antes que descartar el plano de la etnización, la campesinidad introduce un encuadre analítico y unas preguntas que son descartadas de antemano precisamente por los efectos hegemónicos del giro al multiculturalismo que ha posicionado como una disyuntiva estos dos encuadres.

En este libro se toma distancia, entonces, de las retóricas idealizadas derivadas de los imaginarios políticos de la legislación etnicista que supone a unas comunidades negras aisladas que, en una relación idílica con la naturaleza, buscan la reproducción de su identidad cultural entendida como pura tradicionalidad. También en este libro se complejiza la noción burda de comunidad que tiende a suponer simples comunidades-en-lugar en aras de entender las heterogeneidades, contradicciones y disputas

locales en y entre las distintas redes parentales y vecinales, que son en últimas las unidades antropológicas para la interlocución y la agencia colectiva. Así, por ejemplo, las diferencias y tensiones generacionales son hoy, más que nunca, una dimensión que no puede soslayarse en ningún análisis de las poblaciones afrodescendientes del Pacífico sur colombiano. No puede asumirse un horizonte de tradicionalidad y de idealización de pasado como necesariamente deseable por muchos jóvenes, debido a que sus expectativas y emocionalidades se encuentran orientadas por otras marcaciones de prestigio y bienestar.

Escribimos este texto con la convicción de aportar al conocimiento cualitativo de las condiciones económicas y sociales en las que se desarrolla actualmente la vida rural en el Pacífico sur. Para hacerlo, vemos la necesidad de hablar abiertamente de la pervivencia y diversificación de relaciones económicas como el endeude y su funcionalidad para formas de explotación de fuerza de trabajo propias del modelo extractivo; y lo mismo con asuntos tales como el agotamiento de recursos naturales potencialmente aprovechables que se profundiza día a día gracias, también, a relaciones económicas como el pago al destajo. Creemos, ética y políticamente, que poner esto en la arena de lo discutible, aun cuando sea leído como una imagen incómoda de “las comunidades” “felizmente adaptadas” a su medio ecológico, tiene la potencialidad de ampliar la comprensión del fenómeno de creciente dependencia de la población de los productos que el ecosistema ofrece y de su monetarización por medio de su propia explotación y la del lugar que habitan, como una de las limitadas posibilidades de asegurar la supervivencia¹.

Asimismo, representaciones más nutridas de los modelos de producción, pero también del paisaje y de la vida cotidiana misma de las personas, pueden propiciar el trabajo colaborativo, orientado a la búsqueda de diferentes modelos de aprovechamiento de recursos, entre la gente e investigadores de diferentes áreas. Estas articulaciones resultan muchas veces frustradas, como pudimos ver durante el trabajo de campo, por una idea de la gente, o de sus representantes, según la cual el investigador es una amenaza para la comunidad, pues el ejercicio de investigación se piensa incluso como una actividad extractiva más, negando su significado e importancia (Villa 2004, 339), lo que se convierte en un obstáculo para la articulación de los ejercicios académicos y las luchas y apuestas de los pueblos negros.

1 Un buen ejemplo de esto es el artículo de Roosbelinda Cárdenas (2012) que analiza la forma en que las prácticas de explotación en el Pacífico, específicamente de la palma africana, se entrecruzan con los discursos multiculturales para generar unas articulaciones de la etnicidad en las que las comunidades negras se ven como una suerte de nativos ecológicos encargados de la naturaleza, lo cual oblitera muchas otras prácticas económicas, como las que aquí exploramos.

La segunda dificultad radica en cómo se ha equiparado lo campesino con ciertas poblaciones y lugares, haciendo que la noción se encuentre también muy sedimentada. Hay una imaginación de la campesinidad que suele suponer una geografía y una ontología determinadas. En el contexto colombiano, las poblaciones campesinas son ubicadas predominantemente en las zonas montañosas o en el Caribe colombiano. Su relación con la tierra (de la cual suelen aparecer como pequeños propietarios), unas lógicas económicas (que se mueven en el mercado pero orientando la producción hacia la autosubsistencia) y ciertas expresiones culturales (fuertemente tradicionales) suelen ser parte de los supuestos que perfilan a unas gentes como campesinos.

De ahí que, para los enfoques más convencionales que han abordado lo campesino, unas condiciones ecológicas e históricas de la región del Pacífico difícilmente encajarían en sus análisis. Por tanto, hay que transformar sustancialmente la imaginación teórica con la que se ha conceptualizado el sujeto campesino en el país, a la luz de comprensiones etnográficamente densas que interrumpen la doble trampa de la culturalización y la etnización que soslayan las dimensiones de la economía política regional y los imperativos de las subjetividades emergentes en nombre de unos esencializados y tradicionalizados otros.

Perspectiva metodológica

La perspectiva metodológica elegida para aproximarnos a las racionalidades económicas y las formas de vida en el Pacífico sur fue el trabajo de campo etnográfico del cual deriva el grueso del análisis presentado en este texto. Tomando como punto de partida las diferencias económico-ecológicas que se presentan en un mismo río, y en busca de la complementariedad en la información recolectada, elegimos tres escenarios: la parte baja del río (la bocana), donde priman la pesca y la recolección en los manglares; la parte media del río, donde priman la siembra de coca y la minería mecanizada con retros y dragas; y la parte más alta del río (cabecera), donde priman la extracción de madera y la minería mecanizada.

Cada etnógrafo realizó dos fases de trabajo de campo, de dos meses cada estancia, guiado por una matriz de observación. En esta se incluyeron precisiones etnográficas sobre las actividades económicas predominantes en cada uno de los sitios, así como indicaciones para contar con información más detallada sobre las relaciones que se tejen en torno a cada actividad, los circuitos de intercambio y comercialización en los cuales se ven insertos y sobre la lógica económica global que caracteriza la vida campesina, no solo en cada una de las localidades examinadas sino en términos regionales.

Los periodos relativamente prolongados de trabajo de campo resultaron muy importantes en términos del establecimiento de vínculos de confianza con los pobladores

locales, basados en la posibilidad de explicar, en diversos contextos y cuantas veces lo sentimos necesario, el enfoque y los límites del ejercicio realizado. Esta confianza, además, nos dio la oportunidad de presenciar en varias ocasiones el trabajo de las cuadrillas mineras, tuqueras, concheras, etc., y así acceder a información acerca de las estructuras laborales y los lazos de parentesco y compromiso que subyacen a los procesos productivos. Y, ocasionalmente, intentar replicar las labores que veíamos, para así, desde esta experiencia, la observación y la información provista por nuestros interlocutores, ir nutriendo una serie de descripciones detalladas de cada actividad. Esa posibilidad de acompañar a los diferentes tipos de trabajadores al monte es muy valiosa en el proceso de asimilación progresiva de las categorías usadas para nombrar lo que se ve y lo que ocurre en el monte, el río y el manglar.

En igual dirección vale la pena decir que los cuatro meses de trabajo de campo fueron tiempo suficiente para trascender la fase de total extrañeza que necesariamente recae sobre el forastero, y que se expresa en comportamientos, preguntas y actitudes particulares por parte de los locales. Aunque nunca pretendimos ni llegamos a dejar de ser vistos como forasteros, este tránsito nos dio acceso a escenarios rituales como velorios, fiestas de santos, novenas y últimas noches, y también a los espacios de la fiesta y el encuentro de las nuevas generaciones, para lo que también la edad de los etnógrafos constituyó un factor importante.

En algunos casos fue posible la captura de imágenes del trabajo en el monte y de escenarios ecológicos particulares con las que pretendemos acercar al lector al contexto y la materialidad de las prácticas descritas. Poner uno de los focos de interés en el registro visual nos hizo conscientes de las restricciones, rupturas y limitaciones en el uso del espacio físico y visual que ha impuesto la violencia de los últimos veinte años, pues no son gratuitas las advertencias de prudencia en el uso de la cámara y otras herramientas de registro. En buena parte de los ríos estas alertas se van exacerbando entre más se acerca la bocana, el manglar, pues son los puntos estratégicos para el tráfico de cocaína.

Durante el trabajo de campo realizamos entrevistas de corte etnográfico, registro riguroso en diario de campo, recorridos esporádicos al casco urbano y a otros pueblos del mismo río, en ocasiones como acompañantes de nuestros conocidos del pueblo. El trabajo de campo extendido y multisituado también nos dio la posibilidad de participar en algunos escenarios importantes de encuentro entre los habitantes locales y las instituciones, como fueron las primeras reuniones de socialización del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos (PNIS) en los tres poblados. Así, pudimos acceder a las reacciones inmediatas, que iban desde el descontento radical hasta la indiferencia y circulaban por medio de rumores, principalmente en contextos informales. Esto nos dio insumos relevantes para articular unas puntuales reflexiones a propósito de las relaciones entre la gente y el Estado, que abordaremos en distintos momentos

a lo largo del texto. Adicionalmente, la información recolectada fue complementada, contrastada y frecuentemente discutida con datos etnográficos obtenidos en los años 1990 por uno de los investigadores.

Una vez finalizada la segunda fase de trabajo de campo, y después de identificar algunos puntos ciegos de la observación localizada, realizamos un recorrido por las principales cabeceras municipales de la región con el interés de contrastar y complementar la información obtenida hasta el momento. Este ejercicio fue muy importante para la consolidación de una perspectiva regional. Adicionalmente, en ese recorrido pudimos ir a cada uno de los poblados en donde realizamos trabajo de campo y compartir, y en algunos casos debatir, con las juntas directivas de los consejos comunitarios, o parte de ellas, las interpretaciones más relevantes expuestas en este texto, así como las aspiraciones e imágenes que existen localmente acerca de los productos del trabajo de los científicos sociales.

Finalmente, en la fase de elaboración del texto, pusimos en marcha un ejercicio colaborativo que resultó retador y poderosamente significativo para cada uno de nosotros. El disenso en las interpretaciones, la construcción cooperativa de argumentos y el contraste de aproximaciones y contextos supusieron el desafío de traer a nuestro ejercicio precisamente una de esas tantas formas de trabajo colaborativo que se ha ido resquebrajando en los pueblos negros que visitamos, y que se lee con una cierta nostalgia desprovista muchas veces de contexto y crítica por parte de instituciones estatales, organizaciones no gubernamentales, académicos, líderes, etc., pero que, quizás, si lo analizáramos en nuestras propias prácticas económicas y académicas, nos ayudaría a conversar en otro nivel, el de la experiencia compartida, con nuestros interlocutores. “Trabajar en gallada” en el ejercicio académico, como propone el joven antropólogo Sebastián Anzola (2018), evocando el trabajo agrícola del campesinado caucano, nos dejó la sensación de tener todo un camino por recorrer en este sentido. La narración, como ya habrá notado el lector, acude a la primera persona del plural en busca de enfatizar el proceso colectivo que guio el quehacer de los tres antropólogos y el historiador que componen el equipo.

Pasando trabajo. Economía y vida campesina afrodescendiente en el Pacífico sur colombiano está organizado en cinco capítulos. En el capítulo inicial el lector encontrará una contextualización histórica de la región, mediante un recorrido sintético por los procesos de poblamiento y conformación de poblados en diálogo constante con los modelos económicos predominantes en cada periodo. A continuación, en el segundo capítulo están descritas a profundidad, y con un nivel de detalle que por momentos pone a prueba la paciencia del lector, cada una de las actividades económicas centrales en la vida rural de la región. Seguidamente, y acudiendo a los insumos provistos en el capítulo anterior, el tercer capítulo elabora reflexiones concretas a propósito de las

diferentes relaciones económicas que median en los procesos de producción y la configuración de racionalidades económicas. Con estos insumos se llega al cuarto capítulo en el que se ahonda en las transformaciones identificadas en las formas de organización del trabajo y las formas de vida asociadas al posicionamiento de la minería mecanizada y los cultivos de hoja de coca, ocurridos principalmente a partir de finales de la década de 1980. Para cerrar, el lector se encontrará con una suerte de “radiografía” regional, en términos de vías y medios de transporte, así como de flujo de mercancías y personas, con énfasis en la migración dentro y fuera de las fronteras regionales, orientada a proveer una mirada amplia de las configuraciones comerciales y las movilidades que tienen como punto de partida el Pacífico sur.